

La huella

Pasó la mano por la roca. Estaba helada como su tacto. Era lisa y parecía cortada por la mitad. No supo por qué, pero decidió que aquel era un buen sitio para descansar. Tomó asiento mientras exhalaba un largo suspiro. Hacía tres días que desembarcó en la costa de Denia. De ahí huyó hacia las montañas. Iba al sur, sin perder el mar de vista. ¿Hasta dónde llegaría con la carga que portaba? Desde la partida de Jerusalén dormía sin hallar descanso. Apenas comía, pues los alimentos carecían de sabor. El mundo cada vez le era más sombrío. La roca se encontraba cerca de un desfiladero, al borde de un barranco. Las vistas daban a las costas del Mar Mediterráneo. El alba estaba cerca y el cielo, exento de nubes, prometía un día soleado. El viento trajo el graznido de las gaviotas. El hombre quería llorar, pero no le quedaban lágrimas. Comenzó a hablar solo, una costumbre reciente.

-¿Qué será de mí? En la muerte no hallare el sosiego. Respiro sin vida, con un corazón roto. ¿Y si me arrojó al barranco? ¿Me recibirán en el infierno o ni abrirán las puertas?

Hubo un batir de alas.

-¿Cuál es tu pecado? -preguntó una voz femenina.

El hombre se asustó. Había una mujer sentada sobre una roca, opuesta a la suya. Ignoraba de dónde vino. Era joven, pero transmitía gran madurez. Sus ojos azules brillaban como ópalos bajo las estrellas. Tenía una espesa mata de pelo oscuro y rizado. Lucía un vestido de lino que le llegaba a los pies. La tela estaba decorada con plumas de gaviota y conchas. En la frente portaba una fina corona de oro.

-Eres una visión -murmuró mientras extendía la mano, pero la retiró de inmediato. Si la dama era un espejismo, no quería que se desvaneciera.

La mujer soltó una carcajada. El hombre juró que las gaviotas acompañaban su risa. No había ninguna a la vista.

-Me estoy volviendo loco.

-Puede que ya lo estés, pero no te desvíes. ¿Cuál es tu pecado?

-Si eres producto de esta mente enferma, deberías saberlo. A menos que no me haya torturado lo suficiente. ¡No! Ya sé lo que hice. De nada sirve repetirlo.

Los primeros rayos iluminaron el cielo con pinceladas de oro rojo. El paisaje era una maravilla digna de ensueño.

-No merezco ver tanta belleza. Soy un ser despreciable, sin alma.

-Todos tenemos alma. Incluso los lugares. Con qué luz brillan es otra historia.

-Mi luz se extinguió.

-Oscurecida por la culpa y el dolor, quizá. Pero la luz del alma nunca se extingue.

-¿Y tú qué sabes? ¿Quién eres?

Por primera vez se cuestionó si de verdad estaba ante un espejismo o algo más.

-Si Él te envió para castigarme... no, no, entonces lo sabrías, pero no lo sabes...

-¿De quién hablas? -inquirió, ella.

-De Dios, el Padre. Yo lo traicione. Por eso jamás encontraré el perdón.

Hubo un largo silencio. Ella lo estudió con aquellos ojos llenos de misterio.

-No sé en qué Dios crees -dijo la mujer, alzándose. Era alta y esbelta. -El Dios que yo conozco ya te ha perdonado. Porque Él es Amor y en Él no existe la impureza del odio.

La mujer se acercó y puso las manos sobre sus hombros. Entonces el hombre vio que los ojos de ella carecían de pupilas. Eran como dos gotas del firmamento.

-Responde, si Dios bajara y te concediera el perdón, ¿aún sentirías culpa?

Sin decir nada, el hombre asintió cabizbajo. Abrumado por la verdad, hizo lo que ya pensó imposible. Llorar.

La mujer habló en su mente sin mover los labios.

-Tengo muchos nombres y uno de ellos es Altea. Soy el espíritu guardián que cuida de este pequeño paraíso. Desde que el mundo es joven, en esta región han nacido pueblos con mi nombre. Todos bajo mi bendición han tenido épocas doradas. Yo anido en las montañas, la tierra y el mar. Mi nombre guarda más de un secreto. Mi poder es sanador. Desde las atalayas cuido de quienes la habitan y respetan. Aquí el sol brilla con una luz única. Esa luz calma el espíritu y despierta la musa. Las aguas limpian y sanan el cuerpo. Los frutos de la tierra sacian el hambre y su jugo refresca.

- ¿Y qué quieres de mí?

-Tu presencia es como una nube negra. Vi lo que pretendías y vengo a detenerte. Por favor, no deshonres este sagrado lugar con la culpa que te consume. No te arrojes al vacío.

El hombre se secó las lágrimas con la mano. Al apoyarla sobre la roca su huella quedó marcada. La superficie se tornó negra.

El espíritu refulgó, con la mano sobre el pecho.

-La piedra es sabia, la piedra sabe... En tus lágrimas veo la historia de tu carga.

El hombre supo que entre ambos ya no existían secretos.

-Aún no se si eres producto de una alucinación. Pero para tu tranquilidad y la mía, te prometo que no lo haré. Deja que descansa y seguiré mi camino -hizo una pausa y volvió la vista hacia el horizonte. -Es cierto. Aquí la luz brilla de otra manera. Incluso en mi tormento, me reconforta.

-Hoy descansa, pero mañana has de partir al alba. Y gracias.



Hubo un batir de las alas y la mujer desapareció.

Al día siguiente el hombre marchó acompañado por una gaviota solitaria. Cuando se alejó de la costa el ave desapareció. Entonces, por última vez escuchó la voz de Altea.

-En la muerte no hallarás lo que buscas. Recuerda que no es Dios el que no perdona, sino el hombre. Hasta nunca, Judas Iscariote.

Sara Herrera Esteban 21/09/2021